

maritano. Nosotros encontraremos, en efecto, en su reconocimiento las tres cualidades siguientes; la prontitud, el ardor y la humildad.

En primer lugar, el reconocimiento del leproso samaritano es pronto. *Al instante que fué curado*, nos dice el Evangelio, *retrocedió*. Ciertamente, « debía estar muy presuroso por presentarse al sacerdote, puesto que no era más que por él que podía ser vuelto á la sociedad, y entrar en los derechos que le habia hecho perder su enfermedad; pero no es eso lo que le preocupa: no piensa en gozar del beneficio, sino en dar las gracias á áquel del cuál lo tiene; la necesidad de desahogar su corazón es más fuerte que el deseo de aprovecharse de las ventajas que acaba de recobrar; no irá delante del sacerdote más que cuándo habrá vuelto de posternarse á los pies de Jesus ¹. Así debemos nosotros hacer todas las veces que recibimos de Dios algun beneficio; nuestro primer pensamiento debe ser el de dar gracias por ello. » El que es verdaderamente reconocido no sabe lo que es el diferir: hace de manera que el beneficio vuelva á Dios por el reconocimiento, en el momento mismo que se recibe la liberalidad; créeria ser ingrato si aplazara á otro tiempo la acción de gracias que puede hacer en el acto; está persuadido que el más ligero retardo es de una consecuencia infinita: en primer lugar, porque la dilación desagrada infinitamente á Dios, que quiere que estemos tan pronto á darle gracias por sus beneficios, cómo él lo está para acordarnoslas. En segundo lugar, porque más el beneficio se aleja, menos considerable parece, menos escita nuestro reconocimiento. — Nunca se es más sensible á una gracia, cómo en el momento en el cuál se la recibe; no se está nunca más en estado de reconocerlo bien; jamás el corazón suministra sentimientos más vivos, y espresiones más fuertes. En tercer lugar, por último, porque se pone en peligro de no recibir otras gracias, mientras se difiere el señalar su reconocimiento por las que se há recibido. Agradecer á Dios un favor, es, dice san Bernardo, hacer lugar á otro ². Por el contrario, diferir esto, es aplazar

¹ La Luz. *Expl. des Évang.* 13. dim. apr. la Pentec.

² Dum pro acceptis Deo non ingratos nos exhibemus, locum in nobis facimus gratiæ (S. BERN. serm. 14. in Ps. xc).

zar el hacer sitio á nuevas gracias, es ponerse en peligro de no recibir más. Dios, continua este Padre, considera cómo perdido el bien que há hecho á un ingrato; y tiene cuidado de no hacerle más, por miedo de sea perdido ¹. Dios es un Oceano de bienes; los hombres son cómo pequeños arroyos á los cuáles tiene la bondad de suministrar las aguas de su gracia. Arroyos, quereis recibir sin cesar? Es preciso que volvais sin cesar á la mar las aguas, que ella os lleva; y si cesais un momento de devolverselas, ella cesará de daros otras; es tambien un pensamiento de san Bernardo. Concluyámos con este sabio doctor: « Que para ser verdaderamente reconocido, no es preciso ser ni lento, ni perezoso, ni negligente en dar las gracias; y que para estar siempre en estado de recibir, es necesario agradecer cada beneficio, desde que se há recibido ². »

En segundo lugar, el reconocimiento del leproso samaritano fué ardiente. — No es en secreto que fué á dar gracias á Jesus; no es cómo si hubiése tenido á carga el reconocimiento, ó cómo si hubiése tenido vergüenza de testimoniarlo, ó tambien cómo si no hubiése sentido más que debilmente este sentimiento. — Habia sido publicamente curado por Jesus, es publicamente cómo quiere darle gracias; todo el mundo habia sido testigo del beneficio que habia recibido, él quiere que todo el mundo pueda asociarse y glorificar tanto más á su bienhechor — Es tambien así cómo nosotros debemos obrar. « Si las gracias que recibimos de Dios no son de las que es á propósito ocultar, para evitar el caer en los engaños del orgullo y de la vanidad por las alabanzas y las lisonjas de los hombres, levantémos nuestras voces para publicarlas, para agradecer publicamente al que de ellas es autor; escitémosnos los unos á los otros, cómo san Pablo nos prescribe, para glorificar y dar las gracias á Dios con *salmos, himnos y canticos*; pero hagámos de ma-

¹ Quodammodo perditum reputans qui dedit quod ingratus accepit. Cavet sibi de cætero, ne tanto plus amittat, quanto plus confert) S. BONAV. loc. cit.).

² Disce in referendo gratiam non esse tardus aut segnis (S. BERN. serm. 3. in Cant.). — Disce ad singula dona gratias agere (Id. serm. 51 in Cant.). — *Ann. ecclésiast.* loc. cit.

nera que nuestras palabras no sean más que una viva expresión de nuestros sentimientos; *cantémos y salmodiémos del fondo de nuestros corazones la gloria de Dios, dando gracias en todo tiempo, y por todas cosas, á Dios el Padre, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo* ¹. »

En tercer lugar, por último, el reconocimiento del leproso samaritano fué humilde. Cuando le había pedido su curación, de concierto con sus nueve compañeros, no se había contentado con suplicarle en alta voz; sino que había permanecido de pie. Pero después que hubiérase curado, lejos de enorgullecerse con el pensamiento de que había sido juzgado digno de recibir un beneficio semejante, comprendió mejor que nunca su pequeñez delante de un tan poderoso bienhechor, *y arrojándose en tierra, le dió gracias. De un modo semejante parece, pues, » que una profunda humildad preceda, acompañe y siga á nuestras acciones de gracias; no quitémos nada á Dios de la gloria que no pertenece más que á él; es tan celoso que no quiere dividirla con nadie: *Gloriam meam alteri non dabo* ². No nos atribuyámos nada de todo el bien que el Señor hace con nosotros y por nosotros; posternados á sus pies, reconocámos nuestra bajeza, nuestra nada, nuestra incapacidad para todo bien; atribuyámoslo todo á su misericordia, y nada á nuestros méritos. Si recibimos alguna gracia por intercesión de algún santo; si la humanidad santa de Jesucristo es el instrumento de algún beneficio, démos á este santo, démos á esta sagrada humanidad las gracias que le son debidas; pero no nos detengámos; busquémos en la divinidad, en quién sola esta la plenitud de las gracias, el manantial á donde deben volver todos los dones. Es una distinción que hizo nuestro Samaritano. Ilustrado por las luces de la fé que recibe de lo alto, no rehusa á la humanidad de su celeste médico los testimonios de su reconocimiento; sino que refiere la gloria de su curación milagrosa á la divinidad — *Habiendo retrocedido, nos dice el Evangelio, glorificó á Dios en alta voz. Há**

1. Eph. V. 19 y siguientes. — *Ann. eccles. loc. cit.*

2. Is. XLIII, 8.

vuelto él á Jesús, pero há glorificado á Dios. Es también lo que proclama Nuestro Señor, cuando dice: *Qué! no se há encontrado, para dar gracias á Dios, más que á este extranjero* ¹! »

Tál es la manera cómo debemos testimoniar á Dios nuestro reconocimiento, es decir con prontitud, con ardor y con humildad. Provisto de estas cualidades, nuestro reconocimiento será á la vez agradable á Dios y provechoso á nosotros mismos ².

1. *Ann. eccles. loc. cit.* Notémos sobre que versa el reproche que hace el Salvador á los leprosos; es sobre que ellos han faltado, no volviendo á darle las gracias, ni tampoco á Dios. Lo que le es personal no le conmueve: no está afectado más que por lo que concierne á su Padre. Si es un deber en el que recibe un beneficio el ser reconocido, lo es en el que lo acuerda no estar movido por la esperanza de escitar el reconocimiento. *Si haceis bien, dice el Salvador, á los que os lo hacen, cuál será vuestro merito, puesto que los pecadores hacen lo mismo? Haced el bien nó esperando nada.* Luc. VI, 33, 35. Motivos de un orden superior deben escitar nuestra beneficencia. Dios que nos la há prescrito quiere ser el objeto y se digna ser el precio; y cómo es por él que debemos hacer el bien, no es más que de él que debemos esperar la vuelta: cualquier otra recompensa está por debajo del cristiano: cesamos de merecer de él, desde que nos rebajamos á otro interes. Y qué puede añadir el reconocimiento de los hombres á la calidad de las obras que hacemos en vista de Dios? En lugar de deséarla, sería ya más noble y más ventajoso deséar su ingratitud. — Pero si la insensibilidad de los que hemos obligado no debe afligirnos, no debemos tampoco sér indiferentes á su ingratitud hacia Dios. Cómo es de él principalmente que reciben el bien que nosotros les hacemos, debemos llevarlos á testimoniarle su reconocimiento. Podemos también, en este sentido, afligirnos de su ingratitud hacia nosotros; no por nuestro interes, sino por el suyo; no porque nos falten, sino por que desobedecen á Dios. La practica respecto de esto es estrechamente delicada: es la caridad que debe animarnos, y nosotros debemos temer que el amor propio nó tome sus principios y su lenguaje. En esta circunstancia, preciso es emplear todas las precauciones, para que nuestro interes no sea ni parezca sér el movil. (*La Luz. Explic. de los Evang. 13, dom. desp. de Pentec.*)

2. Para mantenernos en la practica de este deber que es tan impor-

Conclusion. — Deber del reconocimiento hacia Dios, cómo es preciso cumplirlo, hé aqui en dos palabras lo que nos enseña la conducta del leproso samaritano despues de su curacion. El deber del reconocimiento hacia Dios se funda sobre esta triple consideracion, que Dios es nuestro bienhechor, que bendice siempre más á los que le agradecen sus beneficios, y castiga á los ingratos — En cuánto á la manera de cumplir este deber, hémos tambien visto cómo es preciso hacerlo con prontitud, con ardor y con humildad. En el deber del reconocimiento, nada más justo y ventajoso. En la manera de cumplirlo, nada más facil y dulce — Séamos, pues, reconocidos, cristianos, hacia un bienhechor tán poderoso y tán bueno — Démosle gracias con todo nuestro corazon, por cada nuevo beneficio que nos acuerde. Y nuestro reconocimiento nos merecerá el recibir aqui bajo todas las gracias de que tenemos necesidad, y en la ótra, la gloria del cielo, en donde la más dulce ocupacion de

tante, y que deberia sérnos querido, recordémos frecuentemente todo lo que, en el curso de nuestra vida, hemos recibido de Dios; démosle gracias frecuentemente, y en los terminos los más afectuosos que podrá suministrarnos nuestra sensibilidad; amémosnos con el ejemplo de tántos santos tán vivamente penetrados de este sentimiento. Contemplémos á nuestro divino Modelo, hagámos preceder casi todas nuestros actos de la accion de gracias. El no tenia que agradecer nada, él, que tenia todo de si mismo, y que poséia todo por la necesidad de su naturaleza; sino que es por nosotros que él lo hacia. Quería instruirnos y hacernos sentir la obligacion de espresar á Dios nuestro reconocimiento; queria ademas que nuestras acciones de gracias estando unidas á la suyas, adquirieran un precio que no está en nuestro poder imprimirles. Daba á nuestro reconocimiento á la vez la leccion, el estímulo y el merito. No créamos, sin embargo, que ella debe limitarse á vanas protestas; es por nuestras acciones que debe manifestarse. Hagámos la voluntad de Dios, esto será el testimonio de nuestra gratitud la más agradable á sus hijos. Considéremos que, por nuestros pecados, nó solamente ofendemos al bienhechor el más tierno, el más generoso, sinó que, para ofenderle, nos servimos de sus beneficios; que volvemos contra él sus propios dones, y que empléamos en ultrajarle lo que nos habia dado para honrarle. (La Luz. loc. cit.)

los élegidos y de los angeles es celebrar la bondad de Dios y cantar sus alabanzas. Así séa.

DECIMOTERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

CUARTA INSTRUCCION.

La fé del leproso samaritano.

I. Fé que no salva. — II. Fé que salva.

Levantádos, marchád, vuestra fé os há salvado. Así habló, acabais de oírlo, el Salvador al leproso samaritano, que habia vuelto para darle las gracias por su curacion. — Segun esto es preciso entender, por estas palabras, que este leproso fué él solo curado por su fé, y no sus nueve compañeros? No, porque es evidentemente tambien al merito de su fé que los otros nueve leprosos debieron su curacion — O tambien se puede admitir que este Samaritano no fué solamente curado de la lepra de su cuerpo, sinó de la del alma; lo que Nuestro Señor no habria podido hacer por los otros? De ningun modo; porque san Agustin asegura que cuando el Salvador curaba el cuerpo, tenia la costumbre de curar, al mismo tiempo, el alma ¹. Lo que nos enseñan estas palabras, segun los santos interpretes, es que la fé del leproso samaritano fué tál, que mereció sér confirmada por Nuestro Señor, y de asegurarle la vida eterna, lo que no sucedió para la fé de los otros nueve leprosos ². Por donde vemos nosotros que hay una suerte de fé que no salva, y que es la más comun, puesto que ella se encuentra aqui en nueve personas sobre diez; y otra suerte de fé que salva, y que es la más rara, puesto que no se encuentra aqui más que en una

1. *Quæst. Evang.* lib. 2, c. 4.

2. *Fides tua te salvum fecit.* Hic manifestius ipsis rebus ostenditur non fidei tantum agnitam rationem, sed executam fidei operationem esse, quæ salvum faciat credentem (Бед. *Domm. in Luc.* xvii).